

LA CUEVA SEPULCRAL DEL RACÓ DE LA TIRANA (ARTANA, CASTELLÓN)

FRANCISCO ESTEVE

En el flanco septentrional de la sierra de Espadán, frente al pueblo de Artana, del que sólo le separa el seco cauce de la Rambla, se levanta la Serra de la Creu, corta alineación de montañas calvas y poco elevadas, pero de enhiestas cimas y ásperas laderas, que apenas suavizan pobres vaguadas y algunos bancales con desmedrados algarrobos. Un suelo duro de oscuras y descarnadas calizas, que por su posición estratigráfica con respecto a la arenisca roja del Trias se atribuyen al Muschelkalk, aunque falten en ellas por ahora los fósiles característicos. En cambio, contienen con relativa frecuencia esparcidas muestras de óxidos de cobre, hierro, manganeso y cinabrio, motivo en otro tiempo de numerosas prospecciones mineras que no tardaron en ser abandonadas.

Tan menguados recursos poca atracción pudieron ejercer sobre las poblaciones primitivas, y arqueológicamente la sierra tendría escaso interés, de no ocupar una ventajosa posición dominando las feraces tierras que orillan la rambla inmediata.

Tiene ésta su origen en el barranco de Castro, al que pronto se le une el más importante de Eslida, y como ambos discurren por un suelo montuoso y accidentado, con las fuertes lluvias devienen impetuosos torrentes hasta su confluencia, donde el cauce se regulariza, toma ahora el nombre de río Anna, y por ambas orillas empieza a extenderse el regadío en estrechas parcelas, que a partir de la fuente de Santa Cristina se ensanchan y dan lugar a la hermosa vega de Artana, hoya hundida entre el zócalo de rodenos de la Ombría al sur, la zona cálcarea de la Solana con el trasfondo de la Serra de la Creu al norte, y la loma del castillo, que cerrándola por el lado oriental la separa de la huerta del Pinar, que es otro espacio abierto, más reducido y pobre.

Estas tierras, relativamente llanas y bien cultivadas, quedan a la derecha de la Rambla, mientras que por la margen izquierda ciñe

su cauce contra la Solana, abriéndose luego estrecho paso entre la loma del castillo y la vertiente sudeste de la Serra de la Creu, que aquí desciende rápida, cortada por despeñaderos, en general poco elevados. Un roquedo dislocado por fallas y minado por las aguas, que han abierto en él numerosas cuevas y simas: unas aparentes y bien conocidas, otras ocultas e ignoradas, que cuando llegan a descubrirse, si nada contienen que llame la atención, pronto se ciegan y caen en el olvido.

Nosotros mismos dimos con una de esas profundas simas, ya clausurada desde tiempo inmemorial, pues las piedras que la obstruían estaban fuertemente soldadas por concreciones calizas. Aun está sin explorar, y no parece que tenga verdadero interés arqueológico. En cambio, la que encontró en 1923 labrando un bancal el vecino de Artana, Vicente Ferrero, contenía abundantes vestigios de la Edad del Bronce, y bien merece un detenido estudio. Pero llamó mucho más la atención el hallazgo que hicieron unos cazadores, cuando persiguiendo a un conejo por esa misma ladera, y al levantar una piedra para ensanchar lo que suponían madriguera, pusieron al descubierto una pequeña cavidad donde se había inhumado un cadáver, sentado y con la cabeza inclinada sobre el pecho, manteniéndose el esqueleto en su posición originaria porque una ligera capa estalagmítica cubría los huesos fuertemente mineralizados.

La exploración arqueológica de ese extremo oriental de la Sierra la llevaron a cabo, allá por los años veinte, nuestros buenos amigos de Artana, Juan Tomás Martí y Felipe Sales, y su mejor resultado fue localizar un par de sepulcros en la cueva que llaman del *Racó de la Tirana*, pacientemente excavados durante el verano de 1925. Las notas que tomamos personalmente en el transcurso de esos trabajos vamos a utilizarlas ahora para redactar la presente nota, sin más propósito que dar a conocer esta cueva sepulcral y pueda así aprovecharse en ulteriores estudios.¹

EL RACÓ DE LA TIRANA

A poco de salir de Artana por el camino de Benitandús, se llega al cauce seco de la Rambla, y pasando a la opuesta margen izquierda, si se quiere alcanzar la rocosa ladera de la sierra conviene dejar el camino y tomar un sendero que cruza algunos bancales de añosos olivos y remonta la cuesta entre mezquina garriga de plantas olorosas enraiza-

1. Noticia de este hallazgo, con escueta indicación de los más importantes objetos, la da N. Primitivo Gómez en los *Anales del Centro de Cultura Valenciana*, tomo IV (1931), n.º 8, pág. 80.

das en la peña. Pronto se bifurca, y de seguirlo por la izquierda nos llevaría a la Cova de l'Aigua, profunda y mal conocida, cuyo nombre le viene de un picón que se llena con el gotear de algunas chorreras estalagmíticas. Pero continuando hacia el nordeste pronto se llega a un recodo que llaman el «Racó de la Tirana». La senda «del Rayo» remonta la áspera ladera hacia un portillo abierto entre los peñascos y cortaduras que limitan por lo alto ese repliegue. Antes de alcanzarlo, a la vera del sendero y al pie mismo de los peñascos, como a unos 50 metros sobre el cauce de la Rambla, se halla la cueva.²

La cueva

En realidad es una sima poco profunda, pues no rebasa los 18 metros. Al exterior se revela como una grieta alargada y estrecha, que a medida que gana profundidad se va ensanchando y acaba al fin en un espacio relativamente ancho, sensiblemente rectangular con el suelo inclinado y parcialmente cubierto de bloques desprendidos del techo.

Por el lado nordeste, y hacia su parte media, la grieta se expande un poco y viene a formar una especie de nicho, irregular y mal protegido, pero que aun así dio cobijo a una inhumación, pues a lo que parece contenía los restos de un solo individuo, y por eso lo llamamos *Primer sepulcro*. El *Segundo sepulcro*, al contrario, era un doble enterramiento emplazado en el fondo de la sima y a pesar de que estaba mejor protegido, los despojos humanos se hallaban también dispersos y casi pulverizados.

Primer sepulcro

A unos 5 metros de profundidad, por su lado oriental, la estrecha grieta se ensancha y deja un hueco marginal de paredes irregulares y suelo poco firme, como formado por varias piedras encalladas, que no parecen puestas deliberadamente, sino más bien restos de un estrato roído por las aguas que se escurren por las fisuras del techo. Circunstancia ésta que explica la fina costra caliza que cubre parcialmente algunos objetos, la dispersión de los hallazgos y el mal estado de conservación de los huesos humanos, que no permitieron formarse idea alguna de cómo fue inhumado el cadáver. Sólo lo reducido del

2. Posición de la cueva sepulcral del Racó de la Tirana: 39° 54' 4" N. y 3° 25' 46" E. del meridiano de Madrid, o sea, 0° 15' 29" W. Gr., según el Mapa Topográfico Nacional a 1/50.000 del Instituto Geográfico y Catastral. Hoja n.º 640, Segorbe. 1.ª edición. Madrid, 1952.

espacio que ocupaba hace suponer que no estaría tendido, sino más bien sentado o, mejor aún, en cuclillas, pues no creemos que se trate de un osario al estilo de los que hemos estudiado en las cercanías de Castellón, porque en éstos se dan otras condiciones topográficas y, además, los restos humanos hubieran sido mucho más abundantes.

Revueltos entre las piedras y el casquijo, con algún poso de arcilla roja de descalcificación, se hallaron los siguientes objetos (fig. 1 y lámina I).

- N.º 1. — Fragmento de ancha hoja, con fuerte retoque marginal y señales de uso en sus bordes laterales, que son los viejos filos abatidos, terminando por un frente de raspador ligeramente arqueado. Así resulta una pieza rectangular poco alargada cubierta de intensa pátina blanca.
- N.º 2. — Hacha maciza de basalto, amigdalóide, de sección oval y corte simétrico a dos caras, bien pulimentada.
- N.º 3. — Microlito trapezoidal recortado sobre un fragmento de hoja de sílex negro.
- N.º 4. — Punta de flecha romboidal de sílex gris, en la que se inician los apéndices laterales, con la cara superior enteramente retocada, aprovechando la inferior buena parte de la lisa superficie de lascado.
- N.º 5. — Punta de flecha triangular-alargada con pedúnculo, robusta, pero de fina labra, en sílex de color melado.
- N.º 6. — Punta de flecha lanceolada, con fuerte pedúnculo y aletas incipientes, tallada en sílex tabular, cuya corteza resta visible en ambas caras, muy especialmente en la inferior, casi plana. El retoque marginal produjo bordes muy vivos, irregularmente dentellados.
- N.º 7. — Punta de flecha triangular-alargada de sílex gris oscuro, único que se halla con relativa frecuencia en los aluviones del Mijares. Por retoque a presión se obtuvo una hermosa pieza nervada con los filos rectos y simétricos, dientes cortos en arpón y largo pedúnculo.
- N.º 8. — Punzón labrado en un fémur de animal (*lupus*), cortado al sesgo y aguzado, conservando todavía las apófisis articulares en el extremo opuesto.
- N.º 9. — Otro punzón semejante con el ápice roto y reaprovechado luego tal como quedó astillado, sin ningún trabajo complementario.
- N.º 10. — Finísimo estilete con ambas caras pulidas, siendo la inferior plana, mientras la superior, a doble bisel, se refuerza con una arista media, dando así una sección triangular-aplastada.
- N.º 11. — Hermosa espátula obtenida de un hueso largo alisándolo hasta conseguir una delgada lámina de bordes romos que convergen en un extremo aguzado, oponiéndose a éste el corte vivo transversal, que constituye la espátula propiamente dicha.
- N.º 12. — Trozo de tibia de animal, al parecer del género *ovis*, con los extremos aserrados y pulimentados.

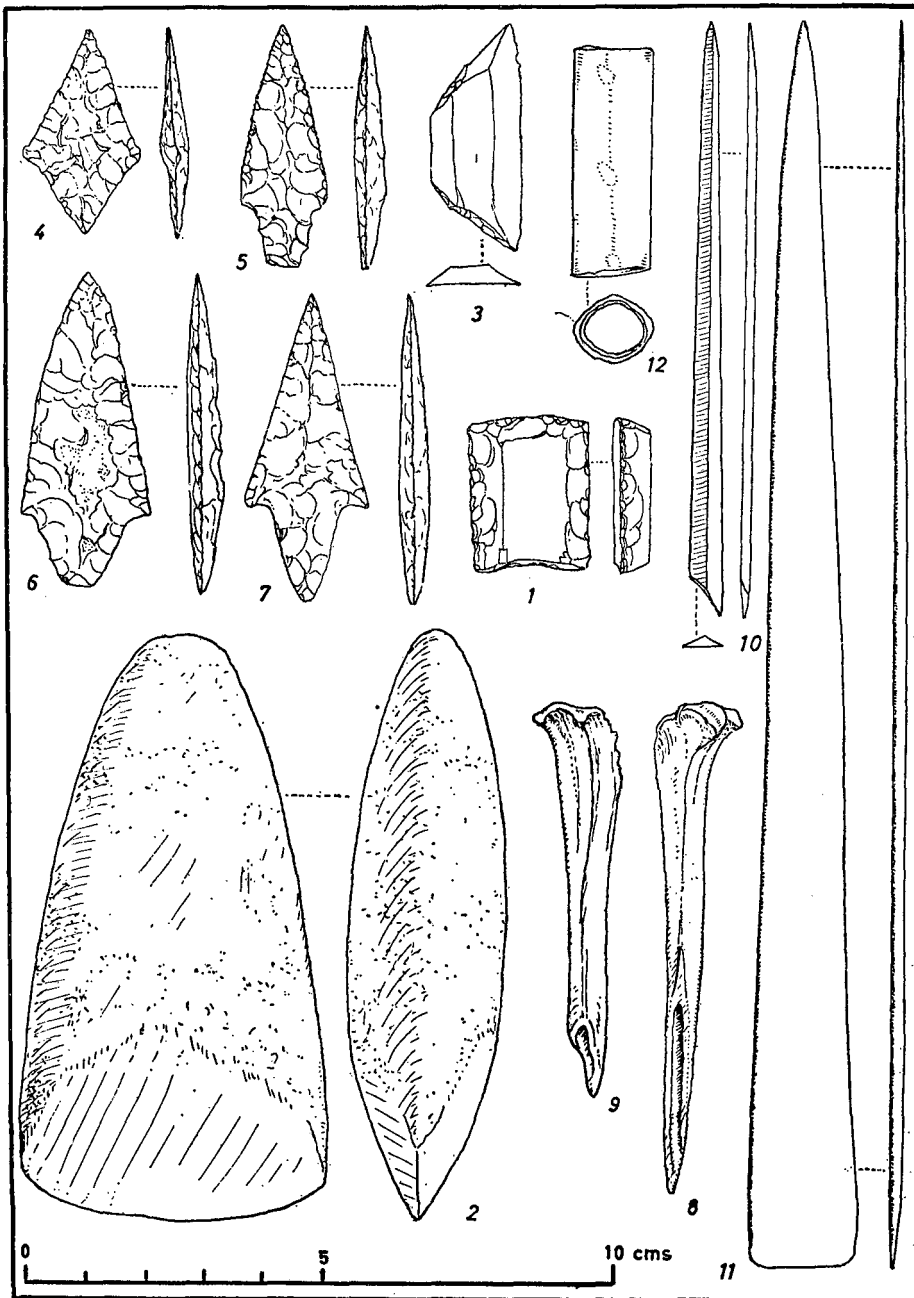
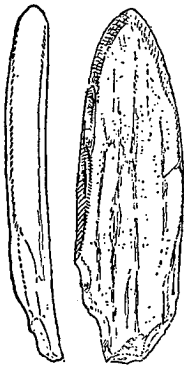


Fig. 1. — Ajuar del Primer sepulcro de la cueva del Racó de la Tirana (Artana, Castellón).
Del 1 al 7, utensilios de piedra; del 8 al 12, objetos de hueso.

Segundo sepulcro

En el fondo de la sima, algo desviadas hacia el rincón occidental y apoyándose contra la roca, afloraban las paredes de una construcción cuadrangular, que, al decir de las gentes del país, era construcción cuadrangular, que, al decir de las gentes del país, era una sepultura, pues los más ancianos aún recordaban haber visto en su interior dos esqueletos tendidos y contrapuestos, o sea con los pies del uno contra el cráneo del otro.



Al excavarla resultó ser una especie de cista, cuyo lado norte viene a formarlo la misma roca, y los tres restantes son paredes a dos caras hechas con pequeñas lajas sentadas en seco, que dan un espesor medio de 40 cm. La fosa así delimitada mide interiormente 1,90 m. de largo por 1,10 de ancho y 60 cm. de fondo.

Fig. 2. — Cueva sepulcral del Racó de la Tirana (Artana, Castellón). Punta foliácea, incompleta, de asta de ciervo. (A¹/₁.)

De los restos humanos tan sólo quedaban numerosos dientes, falanges, porciones insignificantes del cráneo y trozos de costillas con algún otro hueso largo; todo inaprovechable, pero suficiente para probar que era cierta la referencia que dieron los campesinos, por lo menos en sus rasgos esenciales.

Esos despojos, materialmente pulverizados, aparecían en el interior de la fosa mezclados con alguna tierra grisácea y mucho casquijo procedente de la disgregación de la caliza en un nivel uniforme de unos 38 cm. de espesor. Fuera de la cista faltaban los huesos humanos, pero el suelo era idéntico, sólo alterado en el rincón occidental por una mancha oscura de tierra calcinada con abundantes cenizas, huella de un hogar, que no parece estuviera mucho tiempo encendido.

Cerca había una punta foliforme labrada en un trozo de asta de ciervo, utensilio poco definido y mal conservado, que, dada su posición, no parece que formara parte del mobiliario sepulcral (fig. 2).

Con los restos humanos se halló, hacia la mitad del sepulcro, un grueso punzón, especie de lezna, labrado en una astilla de hueso de buen tamaño (fig. 3, n.º 1); una minúscula esquirra foliácea de sílex rosado (n.º 2), y un tiesto de barro oscuro grisáceo, que corresponde a un pequeño vaso, probablemente liso, cuya forma no es posible determinar (n.º 3). Más al interior, contra la pared del fondo, apareció

una lámina oval-apuntada de sílex negro, desprendida de un canto rodado, del que todavía conserva buena parte de la corteza en la cara superior, con los bordes rectificados por ancho retoque lamelar, más acentuado hacia el ápice (n.º 4). A muy corta distancia, y también contra la roca, había una hermosa punta de flecha triangular con

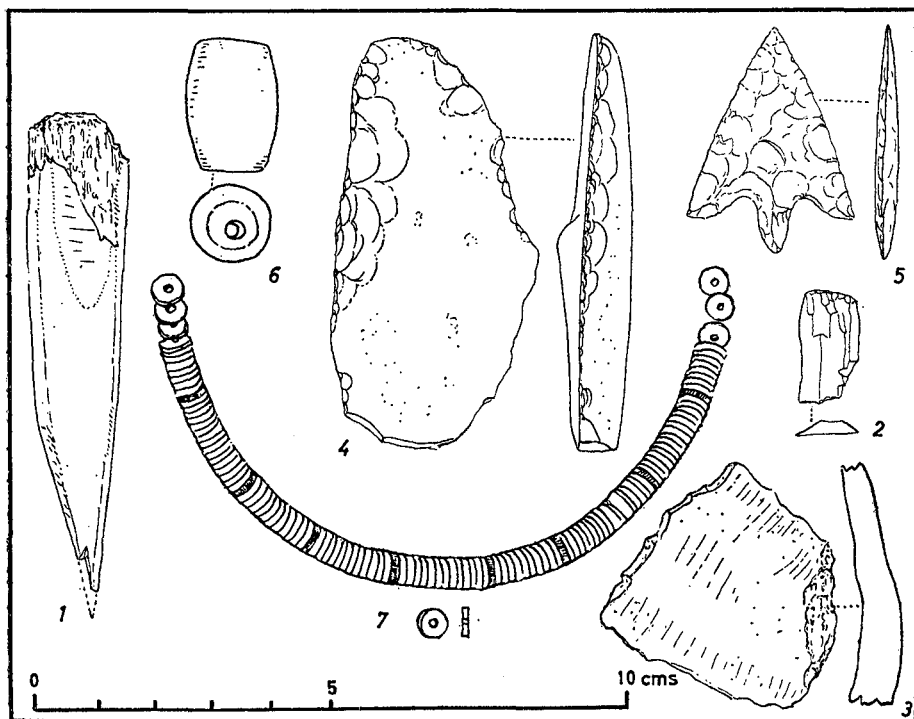


Fig. 3. — Ajuar del Segundo sepulcro de la cueva del Racó de la Tirana (Artana, Castellón). Punzón de hueso (1), utensilios de piedra (2, 4 y 5), fragmentos de vaso liso (3) y cuentas de collar (6 y 7).

robustas aletas y corta espiga, hábilmente labrada en una fina lasca de sílex blanco con manchas de un tono marrón claro (n.º 5); y algo más lejos, una gruesa cuenta de collar cilíndrica ligeramente abombada, de caliza blanca, con veteados o sucesivas capas de concreción, cual si fuera un trozo de estalactita (n.º 6).

Por último, hacia la mitad occidental de la cista, muy esparcidas y revueltas con la tierra y el casquijo, se recogieron 116 cuentas de collar de concha, todas discoidales y muy finas, con la superficie completamente pulimentada; y otras 8 de idéntica forma y tamaño, labradas en pizarra negra (n.º 7).

Dado el escaso número de inhumaciones que se registraron en esta cueva sepulcral, el material arqueológico que ha proporcionado nos parece bastante rico y selecto, echando sólo de menos en él la cerámica tan frecuente en otros yacimientos y aquí reducida a un pequeño tiesto con la superficie lisa. Pieza, en verdad anodina, cuyo único interés estriba, no en sí misma, sino por las especiales circunstancias en que se halló. Porque es evidente que en el sepulcro no se depositó un vaso entero, si no tan sólo ese fragmento, como obedeciendo a una práctica ritual cuyo significado no es fácil entender. Acaso se pasara del vaso roto intencionadamente en el momento de inhumarlo al fragmento suelto con un valor simbólico-mágico. Y el hecho debe haberse producido, y pasar inadvertido a los excavadores, en muchos sepulcros de esta época. Por lo menos ya se ha observado en las mámoas del norte de Galicia que el vaso campaniforme aparece con frecuencia reducido a unos pocos fragmentos sueltos, aunque el sepulcro se halle rigurosamente intacto.³

Entre los objetos de hueso destacan, ante todo, el delgado estilete con nervio o arista central y la gran espátula con el extremo aguzado, clara imitación en ambos casos de utensilios semejantes hechos de metal, y que, a juzgar por el cuidado con que fueron elaborados, es lícito creer que debieron aplicarse a delicadas operaciones, acaso en relación con una terapéutica primitiva o con el tatuaje. En cambio los otros dos punzones hallados también en el Primer sepulcro, aunque finos y frágiles, siguen un tipo corriente, estando someramente labrados en un hueso largo que todavía conserva íntegras las apófisis articulares para asirlo con más firmeza y comodidad.

Especial interés le concedemos al trozo de tibia o fémur con los extremos aserrados y desgastados por el uso, que ha llegado a producir sendas aristas vivas, casi cortantes. Piezas similares, es decir, cañas de hueso así seccionadas, se repiten en variado tamaño por todo el país valenciano. Las mayores, que ya tienen remotos precedentes leptolíticos, las hallamos en el círculo de la cerámica cardial, y como conservan algún vestigio de pintura en el canal medular, hemos de creer que sirvieron como estuches o tubos de color. Otras, muy pequeñas, porque se cortaron en huesos de aves o roedores, parecen ser humildes réplicas de los trozos de *dentalium*, y debieron ensartarse en collares y brazaletes, pues incluso van acompañadas de cuentas discoidales de concha o pizarra. Las hay también gruesas, macizas, y tan cortas que debemos pensar tuvieron la misma aplicación. Pero ésta del Racó de la Tirana es un caso distinto. Aparecida

3. F. MACIÑEIRA PARDO DE LAMA, *El vaso campaniforme y condiciones de sus intactos yacimientos tumulares en la estación de Puentes del cabo Ortegaleja*, en *Atlantis*, tomo XVI, cuadernos III y IV, Madrid, 1941, págs. 356-369.

suelta y de buen tamaño, mejor podría estimarse como colgante o amuleto. Aventuramos, sin embargo, otro supuesto: y es que sirviera para proteger la muñeca en el momento de tensar el arco y disparar la flecha. De ahí las huellas de desgaste, como rozaduras, que presenta en su cara externa, así como también el que se hallara asociada a las puntas de pedernal, como si en el sepulcro se hubiera depositado un carcaj con sus flechas, el arco y esa pieza protectora análoga a *armschutzplatten* que aparecen algo más tarde en esta misma región.

En cuanto al mobiliario lítico, sus formas más elementales son, desde luego, el raspador de Primer sepulcro y la buena lasca del Segundo sepulcro. Aquél, por su retoque abrupto marginal y fuerte pátina, destaca de los restantes objetos, y podría creerse una pieza antigua aprovechada luego; pero no muestra señales de reutilización, que en tal caso se acusarían por pátinas sucesivas. En cambio, la lámina de sílex del Segundo sepulcro de una técnica distinta, de anchos y profundos retoques a presión, lo que haría pensar en un cuchillo, y más aún teniendo en cuenta su fácil adaptación a la mano dejando libre el borde activo. Así resulta un utensilio cortante y recio, de un estilo que suele repetirse en todas las industrias líticas.⁴

Pero como esta pieza del Racó de la Tirana no muestra huellas de uso en la superficie de lascado, nos inclinamos a creer que se trata de una raedera. Hecho nada nuevo en el Neolítico valenciano. Raspadores y raederas se hallan en él con relativa frecuencia, tanto en lugares de habitación como en sepulcros, algunos idénticos a los del Racó de la Tirana. Ello obliga a proceder con cautela cuando se trata de piezas halladas superficialmente, que por su aspecto podrían parecer muy antiguas, acaso del Paleolítico medio, y tratarse sencillamente de utensilios neolíticos.

Otra nota arcaizante nos la da la punta trapezoidal recortada sobre un fragmento de hoja, indudable pervivencia de los tipos geométricos del final del Leptolítico y del Mesolítico, fenómeno ya observado en muchos yacimientos, donde triángulos y trapecios conviven con las puntas foliáceas bien labradas. Esa coincidencia alcanza tal amplitud, que no creemos pueda explicarse como un simple fenómeno de convergencia, exponente de un dualismo étnico, como lo ha creído ver Escalón de Fontón basándose en las puntas de flecha, unas veces punzantes o normales y otras cortantes o de filo transversal.⁵

4. M. OPHOVEN et J. HAMAL-NANDRIN, *Le Couteau à l'Âge de la Pierre*, en *Bulletin de la Société Royale Belge d'Anthropologie et de Préhistoire*, 1947, tome LVIII. Séance du 27 janvier 1947.

5. M. ESCALÓN DE FONTÓN, *La flèche tranchant et sa signification*, en *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, vol. L, 1953, n.º 4, págs. 218-221.

Ni esos sílex tallados ni el hacha maciza de basalto permitirían asignar los sepulcros del Racó de la Tirana a un grupo cultural, y menos todavía a un período determinado. Son las puntas de flecha hábilmente labradas lo que nos lleva a situarlos en el círculo almeriense, pues ya se sabe que es precisamente en él donde aparecen con inusitada frecuencia y en tan variadas formas, que, basándose en ellas, se han podido establecer secuencias cronológicas. Las más antiguas serían las puntas en forma de hoja de laurel y las romboidales, cuyos ángulos se alargan en apéndices laterales, y así surgen las puntas cruciformes. O bien se recortan por muescas en la base y originan las triangulares con pedúnculo, iniciándose luego los dientes, que al estirarse dan lugar a las triangulares con espiga y aletas.⁶ Lo notable del Primer sepulcro del Racó de la Tirana es que en una sola inhumación se asocian casi los extremos y aun las formas básicas intermedias, de lo que se ha supuesto una larga evolución. Por tanto, debemos inferir que ese proceso evolutivo hubo de realizarse con inusitada rapidez, pues sólo así pudieron persistir los tipos iniciales cuando ya se habían alcanzado las formas más evolucionadas. Que al fin acabaron por imponerse, ya que en la cercana necrópolis de Villa Filomena sólo se hallan las puntas triangulares barbadas en sus dos variantes, tal como las señaló el profesor Bosch en 1920: la de espiga larga con dientes cortos y la de espiga corta con largas aletas.⁷

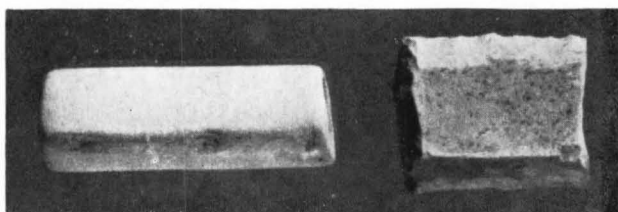
Es esta última, precisamente, la que encontramos en el Segundo sepulcro del Racó de la Tirana, y por eso lo situamos en un Eneolítico muy avanzado, próximamente contemporáneo del Vaso campaniforme de tipo internacional, pues ambos elementos culturales, flecha y vaso, coinciden en un mismo sepulcro, tanto en Villarreal como en Bélgica.⁸

6. La estratigrafía de la *Ereta del Pedregal*, de Navarrés, aclara ese proceso evolutivo. Allí en los niveles profundos dominan las puntas lenticulares y romboidales; en los intermedios, las puntas cruciformes, y en los superiores, las triangulares con espiga y aletas. Estas últimas «desaparecen en los niveles hondos, y las de aletas prolongadas hacia abajo son propias de las primeras capas». En cambio, utensilios de tradición mesolítica, como los micro-buriles, pronto se esfuman, y las formas geométricas degeneran paulatinamente, pasando de las semilunas a los trapecios, y luego a tipos mal definidos trapezoidales o triangulares someramente labrados. — D. FLETCHER VALLS, E. PLA BALLESTER y E. LLOBREGAT CONESA, *La Ereta del Pedregal (Navarrés, Valencia)*, en *EAE*, n.º 42. Madrid (1966).

7. P. BOSCH GIMPERA, *Consideracions generals sobre les cultures eneolítiques del Baix Aragó i del Regne de València*, en *AIEC*, VI, 1915-1920, págs. 463-466.

8. Todas las puntas de flecha que se exhumaron en los silos sepulcrales de Villa Filomena, acompañando a la conocida cerámica de bandas puntilladas e impresiones de cuerdas, son invariablemente triangulares, con pedúnculo y aletas. Tipo que repite el solo ejemplar encontrado en Belgid, precisamente en el único silo que contenía huesos humanos y buenos trozos de un vaso campaniforme del tipo internacional, tratándose, pues, de un sepulcro idéntico a los mejor conservados de Villa Filomena.

Y basándose también en el mismo proceso evolutivo, creemos que el Primer sepulcro supone un Eneolítico menos evolucionado, ya que en él perviven todavía algunas formas arcaicas, como la punta de flecha en losange, la triangular pedunculada y el microlito trapezoidal.



Cueva sepulcral del Racó de la Tirana (Artana, Castellón). Puntas de flecha, trapecio y raspador de sílex, pieza cilíndrica de hueso y hacha de basalto procedentes del Primer sepulcro.